

FRANCISCO REYERO

# *Sinatra*

Nunca volveré a ese maldito país



Siguiendo el rastro de Ava Gardner, Sinatra estuvo en España repetidamente entre 1950 y 1964, conociendo de cerca un «maldito país» que se abría al turismo y a los intereses norteamericanos. El establecimiento de las relaciones diplomáticas que propician los rodajes de Hollywood, la censura, las juergas, la carestía o la picaresca desfilan por estas páginas que ofrecen la crónica de los viajes de un mito y de toda una época de la vida española.

## Índice de contenido

Cubierta

Sinatra: Nunca volveré a ese maldito país

Fe de errores

Sinatra: swing, sudor, seducción, sexo y soledad

I. A los dos lados del Atlántico

II. Primer viaje a España

III. Tras Ava hasta Madrid

IV. Viaje por las dos castillas.

V. El hilo irrompible con Ava

VI. Expulsado de España

Fechas en la vida de Sinatra

Bibliografía

Agradecimientos

Ilustraciones

Sobre el autor

Para Dolores Quesada, siempre en la Puerta del  
Ángel

Para Liliana, sin cuya paciencia este libro no  
hubiera llegado a publicarse ni en el segundo  
centenario de Sinatra

«Sinatra me llegaba y me llega porque su música me hablaba de mis cosas, de mi tiempo, de mis sueños, de un mundo lírico y golfo que estaba en alguna parte. La seda de la noche, el pecado de las mujeres, la libertad del delincuente, la forja de un ladrón. Pero esos tenores de ópera que me hablan de la donna no sé qué, de Tristán, de Lucía de no sé cuántos, de mujeres operísticas y roció, no son sino arrobos de voz que no comunican nada. Frank tenía voz de sueño y espesor macho. Extraño en la noche, en nuestras noches de posguerra e indigencia sentimental, Sinatra era todas las películas en blanco y negro. Era, en fin, nuestro contemporáneo, el hermano mayor de una gallofa en la que queríamos estar. No basta con la voz, con la cualidad. Hace falta el estilo para emocionar, y el estilo es la sensibilidad, la comunicabilidad. No basta con los mazorrales del idioma. Hace falta la combinación eléctrica de las palabras. Me encierro a oscuras para escuchar todo lo que tengo de Sinatra» (FRANCISCO UMBRAL, tras la muerte del cantante en mayo de 1998).

«Iba al Castellana Hilton a sentarme en el sofá donde ponía el culo Ava Gardner. El mejor culo del mundo estuvo sentado aquí. Yo me rozaba en el sofá como un perro». (RAÚL DEL POZO).

«Sinatra encontró el régimen de Franco como coartada. A él lo que le molestaba era que Ava Gardner fornicara y bebiera sin límite en España». (CARLOS HERRERA).

## FE DE ERRORES

«Los periodistas nos dejamos llevar por la imaginación  
y a veces creemos que con dos vértebras  
se reconstruye un diplodocus»  
(DE FONTAINE)

## SINATRA: SWING, SUDOR, SEDUCCIÓN, SEXO Y SOLEDAD

### UNA SEMBLANZA PARA SITUAR LA ACCIÓN

Frank Sinatra, coherentemente, murió un poco antes de que se acabara el siglo XX. Se fue en la alta primavera de 1998. Aunque desde unos tres años antes ya era un recluso virtual en manos de Bárbara, su última esposa. Estaba muy ensombrecido por la senilidad y el latido espasmódico de su corazón; con sus hijos criticando a la gobernanta y ella trotando la noche como durante tantos años lo hizo él. Había trasegado, había establecido la diferencia entre vivir y no vivir y la edad lo acorralaba.

Peter Bogdanovich cuenta que Jerry Lewis telefoneaba semanalmente a su amigo, ya en las últimas, y esperaba pacientemente a que pudiera acercarse al auricular. «¿Qué tal, judío?», era el saludo del cantante al caricato. Este, tan extraordinario, le mandó un cheque de 25,50 dólares para que pudieran comprarse algo especial, «para él y para Bárbara». Ella quería que Frank le firmase el talón para ir a cobrarlo; Sinatra encargó enmarcarlo y lo colgó en una pared. Por los viejos tiempos.

Una vez que muera Sinatra, habían anticipado un par de críticos musicales americanos, habrá muerto el siglo XX, «diga lo que diga el calendario». La noche del 14 de mayo de 1998, el Empire State Building tornó toda su iluminación en azul para recordarlo.

Fue la centuria de su tonada, entre ensoñaciones, conquistas y despertares violentos y fue al principio de su tiempo, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, cuando

los Estados Unidos se tomaron unas confianzas mundiales. Empezaron susurrando canciones melódicas al oído del planeta y contando historias de *happy-end* en las pantallas de todos los barrios. Fue esa, y sigue siendo, una conquista espiritual y mercantil bajo los narcotizantes del technicolor y del estéreo.

Las canciones y las películas derretían por igual a los señoritos y a las porteras. No había sospechas de que eso fuera un negocio del *big money*, sino que el Altísimo había enviado una constelación de misioneros y misioneras del celuloide y la música popular, esforzados en hacer la existencia más agradable. A la hora convenida, la España de Franco también fue conquistada por el imperio irresistible.

Aquí, y en el resto del planeta, se aparecieron las estrellas enviadas desde la gran factoría norteamericana. Sinatra es algo más que una estrella porque resulta imposible explicar la América de los sentimientos sin él.

Francisco Alberto llegó mudo el 12 de diciembre de 1915 y su abuela tuvo que sacudirle con una ducha de agua fría para meterlo en la vida. Su madre se desangraba en la cama. El médico lo dejó herrado con los fórceps: era un cuerpecito escuálido, contrahecho y, ya por su mala postura o por la torpeza del ginecólogo, con cicatrices hondas en el rostro.

Hoboken es ese enclave portuario de Nueva Jersey que compite estérilmente por asaltar un costado del Hudson para llegar hasta Manhattan. Sigue estando a una lámina de distancia, pero hoy hay metros y *ferrys* regulares que acercan los dos mundos. Entonces, Manhattan era una luz cegadora al otro lado del río vista desde un pueblo que anochecía con las rutinas intactas.

La casa familiar de los Sinatra, allí donde nació el hijo único, en Monroe Street, fue derribada hace mucho. En el terreno, si nadie ha puesto estos últimos meses un jardín o un museo, hay un pequeño aparcamiento para tres vehículos europeos o dos americanos. El espacio está separado

de la acera por una cadena y un felpudo negro gastado que lleva la efigie del tío Oscar con una leyenda de recurso: «From here to eternity». De aquí, del vecindario, a la eternidad. En este trazado de calles hay un paseo nostálgico patrocinado por el Ayuntamiento: los lugares donde él estudió, los viejos billares donde se escondía, los hornos propiedad de inmigrantes italianos que traen olor a pan...

En la biblioteca municipal tienen guardada bajo llave una copia de su partida de nacimiento. Pero en Hoboken no está Sinatra, salvo en algunos de sus vecinos, como el loco de Mark Lepore, que tiene una pastelería, una madre tronada y un arcón de recuerdos. De todas formas, Sinatra no es una nostalgia, es una canción sonando en cualquier coche, en una avenida, en la radio, en un ordenador, con toda la orquesta y ese *swing* metido en un auricular. Las canciones de Sinatra hacen imaginar un ambiente que ni por edad ni por país hemos vivido y las enriquecemos con nuestro estado de ánimo, con nuestros días, sabiendo de su perfección emotiva.

Sin estudios, sin vocación profesional definida, enganchado a los anhelos que le provocaba la escucha de la música ligera, Frankie estuvo educado en un matriarcado a la italiana, con un padre calzonazos siempre; bombero y *barman*, en horas de trabajo. Marty llegó al puesto de bomberos después de que Dolly, su señora, ejerciera un poderío de barrio esforzándose en conseguir fondos para campañas políticas del Partido Demócrata. Luego, ella reclamó un trabajo adecuado para su amorcito.

A los quince años, la voz de Frank iba abriéndose paso. Los programas norteamericanos de radio local incluían a grupos de música vocal, a inquietos adolescentes blancos bajo la égida de Bing Crosby. Sinatra cruzó el Hudson, que era cruzar un continente, y se plantó en el escenario de la Academia de la Música. «No creo que el mundo necesite a otro Bing Crosby», se dijo. En el final de sus días no recor-

daba ni cuándo ni cómo empezó todo, pero sí que le pagaban con un par de cajetillas de tabaco y un sándwich.

Con los Hoboken Four, su grupito, destacó en el concurso radiofónico de la Major Bowes Amateur Hour. Lo ganó. Después pudo lograr un sueldo de camarero-cantante, sirviendo cafés y canciones en una *roadhouse* llamada The Rustic Cabin, en la ruta 9W. Allí lo descubrió la mujer de Harry James, al mando de una *big band* que atravesaba los estados de Norte a Sur, amenizando a matrimonios y también a enamorados. Con aquellos músicos creció mordiendo. Después lo contrató Tommy Dorsey, trombonista astuto. La de Dorsey fue la mejor de las orquestas en un tiempo en que los cantantes eran solo vocalistas, como otro instrumento más pero de carne y hueso: un solo y luego al rincón.

Sinatra se emancipó y en 1942 consiguió un estudio para grabar un disco con cuatro canciones: «Night and day», «The lamplighter's serenade», «The song is you» y «The night we called it a day». Ahí puso su nombre para comenzar una era. De aquel veinteañero enjuto, un trapo mojado, Harry Meyerson, que era asistente de producción de la Columbia, dijo que era diferente del resto: todos los demás lamían la mano de los productores y hacían la rosca hasta que les surgía una oportunidad; entonces mostraban sus caracteres, altivos, arrogantes. Él no, él nunca fue humilde, desde el principio. «Puedo cantar mejor que cualquiera de estos hijos de puta».

Siempre se nos figuró con algo de El Gran Gatsby, escribiendo, adolescente, en un diario *resoluciones de tipo general* («No fumar ni mascar chicle. Bañarme días alternos. Leer un libro o una revista buena cada semana. Ahorrar 5 (tachado) 3 dólares a la semana. Ser mejor con mis padres») y luego saliendo diariamente a la calle como a una reyerta.

Debutó en el Teatro Paramount de Broadway, 3600 butacas, la víspera de fin de año de 1942. Fue anunciado como «extra added attraction», un complemento, una guarni-

ción en el plato. Benny Goodman no se esforzó en la presentación: «And now Frank Sinatra». Después, sumó semanas consecutivas de apariciones y empezaron a contratarlo de otros teatros y casinos. Subió el caché y una legión de mozas en calcetines blancos y faldas de tablilla, *the bobby-soxers*, comenzó a hacer cola para verlo.

Ensayaba a las seis de la mañana y ya había adolescentes desde el día anterior esperando a que abrieran las puertas. Todo se precipitó. Su agente, George Evans, confesó que «ciertamente se tuvieron que hacer algunas cosas, pero yo donaría una recaudación entera, si alguien me demuestra que he pagado para que una chica chille o se desmaye delante de Frank».

De sus días en el Paramount un acomodador recordaba: «Este Sinatra golpea a los muchachitos de su público en todos los riñones. Hay más orín en las butacas y en las alfombras que en los cuartos de baño». Había orín porque las chicas aguantaban en la butaca distintos pases de la mañana a la tarde, sin tener intención de moverse ni para ir a descargar. Como no salían, los turnos siguientes no podían acceder al teatro y resultaron rutinarias las broncas en la espera, las cargas policiales y esa desatada química adolescente que se proyectaba sobre este joven en pajarita, de grandes orejas, con las mejillas hundidas y usando una chaqueta dos tallas por encima de la suya.

A lo largo de los distintos estados, se prodigaron los clubes de fans. Evans calculó en 40 millones sus seguidoras y en la radio había programas de confidencias inexplicables: «*Why I swoon at Sinatra?*», ¿por qué me desmayo con Sinatra?

Las mozas lo seguían a todas partes, recibía miles de cartas a la semana y para responder al alud, organizó un departamento con una viuda al frente, dispuesta a contestar como la secretaria de Mr. Sinatra. Se quedó a cuadros un día que nevó cerca de su casa y vio como unas adolescentes tomaban su pisada para guardarla como trofeo.

Era un hombre casado, padre de dos hijos, de natural tendente a los líos y a las faldas. Así que empezó, naturalmente, a perder la cabeza. Nancy, su mujer, su chica de toda la vida, se estaba situando entre una madrina y la hermanita mayor.

En cuatro meses, Frank había pasado de cantante de orquesta a ídolo de masas, con contratos en Hollywood y co-tización imparable. Eso provocó que se buscaran explicaciones para la histeria de las masas. Hubo opiniones de psiquiatras, psicólogos y sociólogos. Todo eran explicaciones: digamos que algunos médicos explicaron que el fenómeno de Sinatra se producía porque «había un incremento de la emoción sensitiva debido a la hiperestesia mamaria»; digamos también que algunos sociólogos explicaron su éxito «porque él representaba, ante la orfandad amorosa provocada por los soldados americanos destinados a la guerra, un sustitutivo icónico».

Cuando el público adolescente se desmandaba, la banda de Sinatra tocaba el himno norteamericano, «The Star-Spangled Banner». Se trataba de un sedante colectivo, eficaz solo a veces pese a la solemnidad patriótica de los americanos. Pero, en esos segundos de trance, una adolescente enloquecida, ¿qué patria tiene?

En estos años, Sinatra no era su voz, era un ídolo. Quiso crecer y buscó actuaciones elegantes, serias. En el Waldorf's Astoria de Nueva York, en 1944, paró la orquesta cuando un caballero comprobó que su dama se excitaba ante el cantante: «Tú apestas», le gritó a Sinatra. Frank se acercó a la mesa y se encaró: «Señoras y señores, me gusta cantar. Me pagan por cantar. Aquellos a los que no les guste mi voz no están forzados a venir y seguramente no están en la obligación de quedarse».

Al poco tiempo, rondando los treinta, Sinatra encarnaba todos los matices emotivos y vitales del hombre —el triunfo, la derrota, el amor, la pasión, el desencanto, el odio, la posesión, la venganza, la pérdida...—. Obviamente, no era

él: era una máscara que llevaba su mismo rostro y acabó por apretarle tanto como al conde de Montecristo la suya. Él no hablaba de sus emociones, hablaba de las emociones de los demás como si le dolieran. Esta actitud era parte del secreto de su éxito, como descubrió uno de sus excomulgados productores, Mitch Miller.

Su primera visita a España, cuando llegó a Barcelona persiguiendo a Ava Gardner en mayo de 1950, aconteció en el momento más bajo de su popularidad. Fue un mal comienzo, coronado, años después, por su expulsión del país. Lo suyo en la España de Franco es una sucesión de desplantes, broncas, problemas en los rodajes, exigencias de divo, enfrentamientos (soterrados o no) con las autoridades, noches, detención y desprecio.

«¿Qué tal, Frank?», le preguntaban. «Estoy intentado levantar el culo del suelo», contestaba repetidamente. Desde finales de los cuarenta hasta que vuelve al cine como secundario en *De aquí a la eternidad* (1953), gana el Oscar de soporte y firma con Capitol, la casa discográfica de los grandes éxitos, su vida está marcada por el enganche pasional con Ava. Sobre esa montaña rusa están escritos los tres primeros capítulos de este libro: los frenéticos años en los que Sinatra se topó ocasionalmente con un país autárquico, devastado y tomado por un régimen patético con un dictador de entremés que se eternizó.

Ava Gardner fue un cuerpo celeste desnortado que opinaba de sí misma que si fuera hombre nunca se casaría con una mujer como ella. Sinatra tampoco estaba cerca de ser un candoroso cabeza de familia, dispuesto a pasear el perro y besar en la frente a su amada. Él sufrió un agudo encoñamiento hasta que ella lo dejó, pidió la separación y luego, años después, el divorcio. Todo siempre, muy en Ava, a medio acabar, manteniendo una incandescente relación abierta: Ava y él se pusieron del revés (o del derecho) casi hasta el final.

Al cantante, el primer viaje español le resultó ingrato. Después, mediados los cincuenta, Ava se instaló en España, mezclándose con gitanos, cantaores y toreros: huyendo del estrellato a ras del cazalla. Sinatra vino a buscarla varias veces, antes, durante y después de su separación. La España de Franco siempre se le dio tan mal como Ava. Pero insistió en regresar.

España eran unos días anoréxicos y la felicidad decretada con cornetín sobre el hambre y las mentiras. Luego, para algunos, o a veces, una noche trémula, en los reservados de los hoteles o en las parrillas, ahí donde fulanito y fulanita de tal perdían la compostura. Aquí, Perico Chicote le dejaba pagada la ronda al sereno antes de cerrar. Y el sereno también disimulaba.

Pese a su sostenida mala racha, Sinatra demostró que no se tenía permitido que la vida, es decir, el éxito, se le pudiera acabar de repente. Una noche de 1956, estaba de vuelta en el teatro Paramount, con un Oscar en la guantera y más películas que ninguna otra estrella por año: literalmente. Walter Winchell, el columnista, era el encargado de presentarlo ante un público que, en diez años, había pasado de infantes a oficinistas; de muchachas a matronas. Así que dijo que para una ocasión tan especial él iba a presentar al cantante en compañía de la *Miss Universo* de ese año. Este era el juego: la *Miss Universo* de 1956 le había dado plantón y Winchell se presentó con una niña de seis años en bikini que, anunció, sería la *Miss Universo* pero de 1970. El introductor del cantante se puso unas gafas de concha, cogió una lista y empezó a leer los nombres de las celebridades que estaban sentadas en el teatro. Damas y caballeros que iban siendo enfocados con cañones de luz. Luego hubo una fiesta con chicas vestidas de *cowgirls* para promocionar la última película de Frank: *Johnny Concho*. Tras la actuación, Sinatra reconoció a un periodista que ya nada era como al principio. Entonces se le acercó una rubia pechugona y le dijo: «Señor Sinatra, usted es el único hom-

bre cuya fotografía está colgada en mi dormitorio». El cantante contestó: «¡Dios mío, esto es como los viejos tiempos!».

El principio y el final, los nuevos y los viejos tiempos se confunden en la medida temporal de un mito como Sinatra. El cuarto capítulo de estas páginas coincide con el renacer del artista, *back on top*, cuando, entre abril y julio de 1956, acepta el compromiso de rodar *Orgullo y pasión* en localizaciones de las dos Castillas, la Nueva y la Vieja. «Cien días que convulsionaron España», según Stanley Kramer; cien días que también fueron tumultuosos para Sinatra.

Desde esos años hasta principios de los sesenta, Sinatra entrega lo mejor de su música: cuanto menos, perfecto; cuanto más, humano. Despliega una personalidad varia y en ese ramillete viril alcanza con alguna canción o con alguna actitud a todos los hombres. Como recuerda el crítico del *New York Times*, Stephen Holden, Sinatra fue sucesiva o simultáneamente el frívolo libertino, el feliz trotamundos, el solitario misterioso, el cansado buscador de sensaciones o el conquistador hedonista.

En el tiempo de la derrota, había estado construyendo un nuevo Sinatra. Fue la definición de un regreso y también del éxito. La resistencia es su principal característica, por encima de su don artístico, la resistencia, la capacidad para el aguante.

Con Nelson Riddle, su mejor arreglista y con la industria del cine consolidando su personaje, retroalimentó el éxito entre ambas parcelas. Los estudios escribieron papeles hechos para él y su pandilla de Las Vegas (*Ocean's eleven*, *Cuatro tíos de Texas*, *Tres sargentos*). Era difícil para los directores de cine, aunque Charles Walters lo prefería porque «siempre prefiero a un hijo de puta si tiene talento». Gordon Douglas lo estaba dirigiendo en un cementerio para *Cuatro gangsters de Chicago*, cuando supieron de la muerte de JFK. A Sinatra se le humedecieron los ojos. Pasaría, como alguna parte del país, del idealismo demócrata a la